
ESTUDIOS:

CRISIS EN LA "ALDEA GLOBAL"

Apuntes sobre lo extranjero y lo nacional

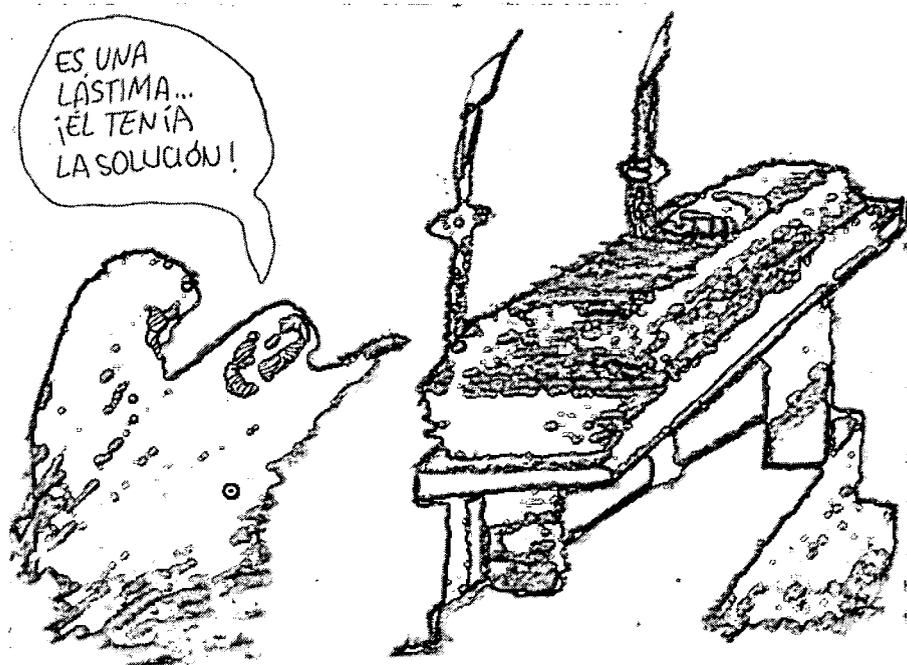
JOSE IGNACIO REY

Cada vez resulta más difícil precisar la frontera entre lo nacional y lo extranjero. Esta dificultad no está circunscrita a ciertos y determinados países. Afecta, en mayor o menor grado, a todas las poblaciones de la tierra. Una serie de complejos factores, relacionados todos de alguna manera con importantes cambios en los modos de producción y comercialización de bienes y servicios, han acercado aparentemente a los pueblos y pareciera que van haciendo del mundo una especie de "aldea global".

Sería erróneo pensar que el fenómeno es nuevo o artificial. El proceso de interrelación de pueblos, por natural, es antiguo como la humanidad misma. Lo nuevo quizás es el ritmo del proceso, extraordinariamente acelerado en nuestros días. La pérdida de esa perspectiva podría llevar a pensar que, en las actuales circunstancias, está próximo el momento en que lo extranjero y lo nacional acabarán siendo expresiones absolutamente vacías de significado. Nosotros no pensamos así, si bien debe ser reconocida la necesidad de flexibilizar o relativizar al máximo expresiones que, ya de por sí, son relativas.

Efectivamente, se ha convenido en llamar "nación" a un conjunto más o menos grande de personas o grupos menores que se sienten ligados entre sí por la pertenencia común a una tierra, raza, lengua, cultura, historia. Todos esos elementos son elásticos o ambiguos. Por otra parte, ninguno, por separado, define determinada nacionalidad, ya que cada uno, en mayor o menor grado, puede caracterizar simultáneamente a varias nacionalidades. No haría falta decir que dicha indefinición tampoco llega a ser evitada con el recurso fácil a la simplificación que supone confundir nación con Estado. Es evidente, por ejemplo, que en el mundo contemporáneo existen Estados que de hecho representan y brindan institucionalidad política conjuntamente a varias nacionalidades.

La ambigüedad y la imprecisión afectan por igual a lo nacional y a lo extranjero, términos obviamente correlativos. Extranjero es simplemente lo no-nacional, lo que de alguna manera es o resulta extraño a los integrantes de una determinada nacionalidad. Ahora bien, la "extrañeza" frente a lo foráneo tiende a disminuir en la misma medida en que crece la intercomunicación. Por otra parte, no puede ignorarse que la manera propia de entender, asimilar o eventualmente rechazar lo extranjero forma parte también de la identidad cultural de un determinado pueblo.



La relación extranjero-nacional, de por sí conceptualmente ambigua, es además dinámica. Es decir, en la realidad está siempre sometida a un ininterrumpido proceso de cambios históricos a escala mundial. En el ámbito complejo de las identidades culturales no caben definiciones estáticas y su estudio debe estar siempre históricamente contextualizado. Ello quiere decir, por ejemplo, que lo que ayer era extranjero para un determinado pueblo, mañana puede dejar de serlo. Quiere decir también, desde otra perspectiva o bajo otras condiciones, que mañana podría quedar alienado lo que ayer era y hoy todavía es genuina y válidamente propio. Sobre esto insistiremos más adelante.

Habría que estudiar detenidamente los factores concretos que, en cada caso y en cada momento histórico, han impulsado modificaciones substantivas en la relación nacional-extranjero, dentro de un proceso que, como ya queda dicho, es natural y constante. Un esfuerzo semejante equivaldría a intentar una Historia Universal de las Culturas. El máximo interés, en orden a ese esfuerzo, está en la discusión metodológica. A ese respecto, queremos llamar la atención sobre una tendencia, a nuestro modo de ver equivocada, que pone en los avances técnicos de los medios de comunicación la clave interpretativa del acercamiento progresivo de los pueblos. Dicha tendencia pretende explicar así, en concreto, el fenómeno moderno de una cierta, acelerada, internacionalización de la cultura. Y, lo que es más grave, en base a ese diagnóstico apresurado, se atreve a pronosticar un nuevo "mundo feliz" a relativamente corto plazo, una especie de "aldea global", ya cercana, en la que la referencia a lo extranjero no tendría ya base de sustentación alguna. Tenemos fundadas razones para no compartir tanto optimismo.

Ciertamente, todo proceso social puede ser interpretado como un proceso de

comunicaciones. Esto es válido a escala micro y también a escala macro-social. Pero en modo alguno debe confundirse la comunicación con la mediación técnica del proceso. Dicha confusión lleva, entre otros, a dos errores de gravedad mayúscula. El primero consiste en pensar que los avances técnicos en los medios de comunicación garantizan automáticamente un progreso en la comunicación humana propiamente dicha. Lamentablemente no es así y sobran hoy evidencias. El segundo error, más radical, consiste en pensar que el proceso mismo de los avances técnicos, así como su orientación fáctica, viene determinado por una especie de "ley natural" que sería operativa independientemente de decisiones y de cualquier previa programación humana.

Pero volvamos atrás en nuestro discurso, por un momento todavía. Con el cuidado de no caer en nuevas simplificaciones, pensamos más bien que la clave interpretativa de los cambios históricos fundamentales, en general, y de los cambios en la ambigua relación planteada entre lo extranjero y lo nacional, más en concreto, debe ser buscada en factores de una u otra manera económicos. Asumiendo aquí lo económico en su acepción más rica y general, no nos cabe la menor duda de que son precisamente esos factores económicos los que están en la base y juegan un papel decisivo en la conformación de toda cultura, así como en la interrelación de culturas diferentes. Porque pensamos que esto es así, afirmábamos al principio que el fenómeno constatable de un moderno, acelerado, ambiguo y relativo acercamiento entre los pueblos debía ser explicado, de una u otra manera, por cambios a escala mundial en los modos dominantes de producción y comercialización de bienes y servicios. Por la misma razón, pensamos que los fabulosos avances técnicos en los medios de comunicación de hoy, así como los modos de su utilización, han sido programados en respuesta a los requerimientos del modelo económico que genera y acompaña a la "revolución industrial". También en respuesta, favorable por supuesto, a los intereses de sus centros de poder más representativos. Una economía de masas requiere de medios masivos de comunicación. En consecuencia lógica y dicho sea de paso, pensamos que una eventual desaparición próxima de las sociedades de masas en ningún caso estará determinada por un supuesto cambio automático de orientación, que se estaría dando a lo interno del cada vez más sofisticado campo de la tecnología comunicacional. La fecha de llegada, las dimensiones y, sobre todo, los contornos de "la tercera ola" están todavía bastante oscuros.

Hemos asistido ciertamente en las últimas décadas a un peculiar proceso de acortamiento de distancias, que por su ritmo acelerado no tiene precedentes. Lo "multinacional" ha proliferado por todas partes y a todos los niveles. Unidades de referencia u organizativas cada vez mayores caracterizan a nuestro tiempo, tanto a escala regional como mundial. En lo económico, en lo social, en lo político, en lo militar. Su simple enumeración sería poco menos que infinita (Este-Oeste, Norte-Sur, Tercer Mundo, ONU, UNESCO, Países No-Alineados, OTAN, Pacto de Varsovia, Liga Árabe, OPEP, Mercado Común Europeo, Pacto Andino, etc. etc.). Las confrontaciones de todo tipo son cada vez menos entre naciones y más entre bloques de naciones. Como decíamos al principio, ciertamente cada vez resulta más difícil precisar las fronteras entre lo extranjero y lo nacional.

El hecho es indiscutible. Queremos insistir en que su origen radical hay que buscarlo en el campo de una economía que se ha venido convirtiendo en transnacional. Si bien las empresas corporativas comenzaron a actuar transnacionalmente desde los albores de la historia del capitalismo, sólo a fines del siglo pasado se inició la transferencia al exterior de grandes volúmenes de capital, con el fin de producir allí donde se encuentran los mercados o donde se puede ahorrar en costos de producción. Especialmente en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, crecieron

rápidamente las inversiones de las grandes empresas fuera de las fronteras de sus países de origen, es decir, se registró una aceleración del proceso de transnacionalización de las economías nacionales y se consolidó el sistema de capital mundial. El núcleo de la lógica de ese capital mundial es la doctrina del libre mercado aplicado al espacio mundial: enriqueciéndose a sí mismas, las Empresas Transnacionales están enriqueciendo al mundo.

No es éste el lugar para examinar a fondo los complejos mecanismos y la dinámica del proceso de la transnacionalización de la economía en sus diferentes etapas. Sin embargo, hay algo que no queremos dejar al margen. Ya antes de la "revolución industrial", el capital mercantil se había expandido, transnacionalizando mercados y medios de transporte. Pero sólo desde las últimas décadas del siglo XIX se inicia una fase superior del proceso, como resultado de la transnacionalización de las finanzas y de la propia producción capitalista. Alcanzando dimensiones mundiales, el capital productivo transnacionaliza el dominio de los mercados mediante el control de los modelos universales de consumo, con vistas a ofrecer mercados relativamente homogéneos y fáciles de controlar. El papel de la publicidad será ahí determinante. Por supuesto, quien controla los modelos de consumo de un pueblo controla también la definición, tanto objetiva como subjetiva, de sus necesidades y aspiraciones y, en última instancia, de su propia modalidad de desarrollo.

No se puede ignorar tampoco que esa nueva estrategia del capital transnacional determina una redefinición de las funciones del Estado nacional. Se hace preciso llevar a o mantener en el poder a sectores de las respectivas élites locales dispuestos a garantizar un modelo de desarrollo capaz de integrar con rapidez y con eficacia su economía nacional dentro del sistema del capital mundial. Se requiere en concreto, por parte de los Estados en los que se originan los grandes centros de poder económico mundial, una fuerza militar capaz de mantener a toda costa el equilibrio inestable de una paz siempre precaria, basada en la intimidación y en la amenaza. Las guerras modernas, de hecho o virtualmente armadas, son siempre, de alguna manera y en primera instancia, "guerras de precios". A los Estados de la periferia dominada se les exige combatir la tentación nacionalista y utilizar también el aparato policial-militar como instrumento de coerción y represión internas a fin de garantizar, a nombre de una supuesta "seguridad nacional", un clima favorable a los negocios transnacionales. La conveniencia de apoyar a dictaduras o a gobiernos de "democracia restringida", en los países de esa inmensa periferia, se decide con criterios pragmáticos y en base a un análisis "realista" de las diferentes coyunturas.

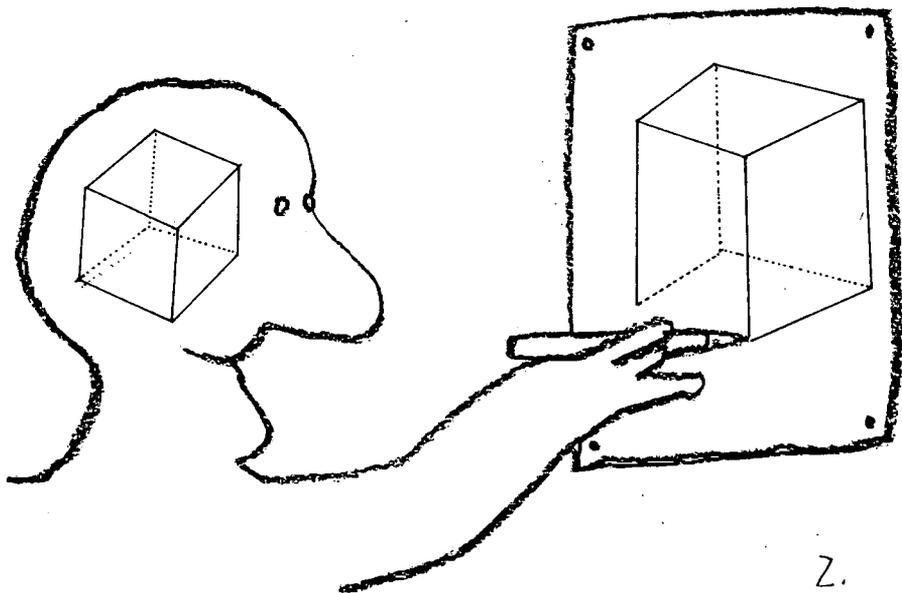
Al servicio de esa estrategia global está la red, también multinacional, del moderno sistema de medios de comunicación social. La problemática de los medios no puede ser sacada de ese contexto. Ello queda refrendado por el hecho de que en todos los foros mundiales en que se expresa la necesidad de un nuevo orden internacional de la información y de la comunicación, se subraya con fuerza la necesidad, previa o simultánea, de un nuevo orden económico mundial. Insistimos, una vez más, en que los avances tecnológicos de los medios de comunicación no generan, de por sí, nuevas formas de relación.

No nos detendremos aquí en el estudio de la "funcionalidad" de esa red de medios. Dicho estudio, en todo caso, deberá orientarse en una doble dirección. Los propios medios de comunicación, cuyo dominio tecnológico es patrimonio prácticamente exclusivo de los centros mismos del poder económico mundial, son hoy parte muy substantiva del conjunto de productos que se mueven en el mercado multinacional. Por lo dicho más arriba, creemos que queda suficientemente claro que esa tecnología no es en manera alguna neutral. En este sentido y sólo en este sentido, ciertamente el medio es el mensaje.

Por otra parte, dentro de ese gigantesco supermercado comunicacional que tiene dimensiones transnacionales, la compra-venta no es sólo de medios y de tecnología. Se venden y se compran, por ejemplo, informaciones. La "industria cultural", en régimen oligopólico dentro de los países desarrollados, produce a gran escala para vender a gran escala. La transnacionalización se traduce o se refleja, en este campo específico, como transculturización. Lo que se vende a ese inmenso mercado, cada vez más cautivo, son ciertas informaciones, ciertas ideas, ciertos entretenimientos, ciertas aspiraciones, ciertas modas, ciertas concepciones de la vida, una cierta visión del mundo. Suprimida la bilateralidad interactiva, no puede hablarse propiamente de comunicación humana. Todo resulta homogéneo, trivial, distractivo, impuesto. Esa red "comunicacional" se ha revelado como el más eficaz aparato de control social, ya antes y sobre todo después de la aparición de las computadoras. No hace falta represión cuando ha quedado suprimida la conciencia.

A estas alturas, han debido quedar más o menos claras las razones que fundamentan nuestra desconfianza frente a diagnósticos simplificadores y frente a perspectivas ilusorias. La dinámica del imperialismo económico en marcha no tiene otras metas que las de la reproducción de sus propias ganancias. El aparente acercamiento entre los pueblos es sólo expresión de la necesidad programada de convertir a todos sus habitantes en una única masa de consumidores cautivos. Nada de ello responde a un auténtico proceso civilizatorio. Someter por absorción no es lo mismo que integrar. En realidad, no se suprimen las fronteras cuando lo que se está suprimiendo son las condiciones mismas que hacen posible una vida auténticamente humana.

Es sintomático que, también a escala universal, estén hoy proliferando iniciativas de todo tipo y de signo contrario, expresiones sin duda de una protesta honda que reivindica el derecho a vivir lo propio. No se trata probablemente de restaurar viejos nacionalismos estrechos, atomizadores y estériles. No se pretende impermea-



bilizar las fronteras. No se desconoce la importancia de enriquecer lo propio a través de una asimilación genuina y discreta de lo ajeno. Son simplemente movimientos emergentes, alternativos, de legítima resistencia cultural. Es previsible que crezcan y se multipliquen. Frente a cierta "cultura" impuesta, la cultura auténtica no puede dejar de ser también contra-cultura.

Los límites entre lo extranjero y lo nacional se han venido difuminando en las últimas décadas. Nuevas, indeseables fronteras han venido a substituir a las antiguas. De un lado están todas las personas y pueblos que aman y respetan la vida. Del otro quienes la ahogan. Estos y sólo estos serán, radicalmente, los extranjeros en el mundo que está por construirse.

Definitivamente, la "aldea global" no existe todavía, a no ser en la mente de quienes parecen interesados en confundir o en ocultar la realidad. O, en todo caso, si se prefiere, una profunda crisis divide a esa supuesta "aldea global". Precisamente por ello, hay todavía razones para la esperanza.



COMUNICAÇÃO & SOCIEDADE

Revista semestral de estudos de comunicação, editada pela Comissão de Pós-Graduação em Comunicação Social do Instituto Metodista de Ensino Superior. Publica trabalhos científicos voltados para a problemática da comunicação social.

Pedidos:

Instituto Metodista de
Ensino Superior
CAVE - Centro Audio-
Visual Evangélico
Caixa Postal 5002
09720 - São Bernardo
do Campo, - SP - Brasil

Imprensa Metodista
Av. Senador Vergueiro,
1301
09700 - São Bernardo
do Campo - SP - Brasil